

Reseña

Mariano Nava Contreras: *Las mujeres de Homero. Ninfas, princesas, hechiceras, madres, esposas y abandonadas en la Iliada y la Odisea*¹

Lorena Rojas Parma

Centro de Investigación y Formación Humanística
Escuela de Filosofía, UCAB
rojasparma@hotmail.com

Un título muy sugestivo ha llegado a mis manos: *Las mujeres de Homero*. Como si fuera poco, se trata de ninfas, hechiceras y abandonadas, además de las respetables esposas, madres y princesas. Se nos presenta una antología, nunca mejor dicho que ahora, pues se nos han recogido las más bellas flores de la *Iliada* y la *Odisea*: hemos recibido de nuevo, al sonido de nuestra lengua, a su genio, escenas memorables de las mujeres que hicieron vida en la guerra de Troya y sus feroces consecuencias. La tarea de Homero en este sentido ya fue especialmente compleja: él habló *como* la mujer. En el prólogo del texto que ahora presentamos, su autor, Mariano Nava Contreras, lo ha confesado refiriéndose al poeta: pocos son los hombres que han conseguido en sus poemas ser “cabalmente mujeres”. Es cierto. Sin embargo, de alguna manera es aun más osado traducir la complejidad femenina que ha logrado concebirse en una lengua, a otra, pues esto implica haberse visto atrapado en los abismos de lo femenino para poder volcarlo a otra manera de hablar el mundo. Y es una mujer, de esas ininteligibles, diría Freud, la que dice ahora estas palabras. Una doble mirada masculina se aproxima a lo femenino pero desde lo femenino.

El profesor Mariano Nava, que hoy nos entrega su traducción, confiesa que, en efecto, esta es una tarea de muy alto vuelo cuando alude nada menos que a Tiresias, el único que pudo saber la vida desde los dos lados de la existencia. De manera que todo es, francamente, muy osado.

Ya el trabajo de la selección es complejo. Son delicados aspectos de lo femenino lo que destaca. Bien ha escrito Montejo en su presentación, tras mencionar las características de las mujeres de Homero,

¹ Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 2011.

“¿no está encarnado [en lo descrito] lo más característico de la mujer?”. Veremos que sí.

Por lo pronto, hagamos un comentario a la traducción, o más propiamente, al hecho de estar ante una nueva traducción al español de conocidos pasajes de la obra de Homero. Guthrie, en el prólogo a su primer tomo sobre Platón, se pregunta: “¿otro libro sobre Platón?” Grube, a su manera, también justifica, por así decirlo, escribir “otro” libro sobre Platón. Me estoy refiriendo a célebres intérpretes, inescapables, de un autor clásico, que ya se han cuestionado su labor de esa manera. Es ciertamente una pregunta tormentosa, que como un espíritu maligno aparece una y otra vez en nuestras almas, en lucha con las musas, cada vez que escribimos un artículo o un trabajo de largo aliento, en este caso, sobre Platón. Es que enfrentarse a la antigüedad no es tarea fácil.

Si bien este no es el espacio para disertar sobre un asunto tan grueso, haré una alusión a Nietzsche, para quien era “inagotable la acomodación siempre nueva de cada época a la antigüedad, su medirse con ella”. En esta oportunidad hablamos de una traducción, que ha declarado ser —una vez que ha tomado vida propia— más bella que técnica, más bella que exacta; en fin, como lo sostiene el profesor Nava, más poética que filológica, y esto ya es un aporte invaluable. No apostar por la exactitud, y sí por la belleza, vivifica, por decir lo menos, el texto. Da cuenta de su inmortalidad, de su eternidad, de su condición, diría Gadamer, resistente al tiempo, pero siempre interpretable desde una temporalidad. La belleza es aún más conmovedora si hablamos de mujeres; y tiene razón el autor cuando sostiene que no de otra manera pudieron hablar las mujeres de Homero. Paradójicamente, la exactitud a ultranza corre el riesgo de desfigurar el espíritu originario de lo plasmado, de hacer infértil, como diría Platón, el texto. No puedo menos que recordar las amargas quejas de Van Gogh en sus cartas cuando, precisamente, se le reclamaba desde la academia como desde el gusto común, la falta de “exactitud” de sus cuadros. En su conflicto con la fotografía, decía que si él fotografiara a un hombre que cava, “la verdad es que no cavaría”. A propósito de esto, también recuerdo un hermoso pasaje de Kierkegaard, en *Cartas del Noviazgo*, en el que habla de las bendiciones del catalejo para contemplar Copenhague desde el puente Knippel:

(...) se ve, se cree ver, se desea ver o se espera ver lo que el espíritu misterioso del catalejo revela a quienes saben orientarlo convenientemente. Es solo en las manos convenientes, y para un ojo que sabe mirar, que el catalejo es un telégrafo de Dios. Para cualquier otro es un mueble inútil.²

El traductor es nuestro telescopio de la obra poética antigua, pues a él se revela ese espíritu misterioso que se mantiene vivo eternamente sobreviviendo épocas, caracteres, sonidos y lenguas. El profesor Alberto Arvelo solía decir en sus clases con mucha vehemencia, que él no leía ruso, pero que nadie en este mundo podría decirle que él no comprendía a Dostoyevski. Esas certezas, certezas de alma, se logran si el traductor ha cumplido su sagrada función de catalejo.

Quien escribe, con un particular gusto por la hermenéutica, ha encontrado con mucho entusiasmo y gratitud una traducción que no ha ido en pos de esa ciega precisión, exprimiendo el último hálito vital de la palabra, ya francamente disecada, sino de la belleza. El mismo autor ha confesado, en su calidad de filólogo: “a veces pretendemos que todo suene, que todo signifique inequívocamente, de manera que belleza y precisión terminan requiriendo de una minuciosidad de relojero”. Y, sí, es cierto, no todo significa inequívocamente. Ni una palabra en griego, ni un gesto, ni un roce, ni Calipso diciendo: “¡Qué crueles sois los dioses, y más envidiosos que nadie, que enviadíais que una diosa se acueste con un hombre mortal sin recato, si una se encuentra un querido marido!”

El maestro García Gual, en el prólogo a su traducción de la *Antología de la poesía lírica griega*, ha escrito:

Traidor el traductor, como dice el adagio italiano, lo es siempre. La traducción es oficio de exactitud imposible, y en la versión de una a otra lengua siempre se pierden cosas y se añaden, en el arduo trasvase. Pero el traductor de poesía, ése sí que es un traidor redomado, cien veces traidor, al querer nombrar con otras palabras, al evocar con otros sonos, lo que el poeta expresó con precisión irreplicable, con pasión lúcida, con hiriente acuidad (...) Y, sin embargo, algo queda en el tortuoso empeño de verter a otra lengua unos poemas (...) tal vez, en fin, la traición valga la pena, si lo rescatado es superior a lo perdido (...)³

2 Sören Kierkegaard: *Cartas del noviazgo*, Buenos Aires, Leviatán, 2005, p. 44-

3 Carlos García Gual: *Antología de la poesía lírica griega*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 7-8.

Y si bien el traductor es un “falsificador convicto y confeso”, como culmina García Gual, el criterio de la belleza ha sido, sin duda, en este caso, un precioso canon para decir que la traición ha valido la pena.

II

Ahora bien, acerquémonos un momento a lo que se nos presenta aquí como lo característico de lo femenino: pero hablemos de la ninfa, de la bruja, de la abandonada; que con las respetables señoras —no sé qué decir ahora de Helena— nos sentimos generalmente más cómodos al hablar. Ahora debo decir más “cómoda”. Comencemos por la húmeda Calipso y su amor posesivo y vanidoso por Odiseo. La escena que el profesor Nava nos ha traído hace con mucha fuerza, en su traducción, el contraste entre la fantasía ciega del amor que se posee y el colapso del amante que no puede de ninguna manera escapar. Mientras Calipso tejía cantando con su bella voz y disponía la tela en la lanzadera dorada, Hermes halló a Odiseo sollozando amargamente en un acantilado. “Lágrimas, suspiros y pesares lo desgarraban y al ponto infecundo miraba con un hondo llanto”. En la ninfa hoy reconocemos aspectos del inconsciente femenino; son perturbadoras, tentadoras, bellas y temibles. Tuvo que venir Hermes, con una orden de Zeus, para que Calipso liberase a Odiseo. Es decir, tuvo que ocurrir algo inevitable, para que este aspecto femenino soltase a su presa. La ninfa le protesta al dios mensajero en un tono *familiar*, y que ha sido bellamente traducido: “yo lo salvé, pues erraba solo abrazado a una quilla (...) yo lo quise y mantuve y le he prometido hacerlo inmortal y joven para toda la vida”. Quitemos los poderes propios de una divinidad en sus promesas, y estaremos en tierra conocida. Dice la ninfa al héroe cuando le anuncia que puede marcharse: “¡Desgraciado! No sigas llorando ni consumas la vida, que ya, generosa, te dejo partir”. Y finaliza con una sonata a la *vanitas* femenina, en la que le reclama a su amado que a diario recuerda a su esposa: “Pues me jacto de no ser menos que ella ni en aspecto ni en porte, que nunca podrían disputar las mortales con las diosas en porte y figura”. Y el sufrido Odiseo asiente y le confiesa, sin embargo, que desea volver a casa. Y a pesar del horrible encierro y de los llantos del héroe, de la posesión de la ninfa enloquecedora, tras la promesa de la partida, “ambos entraron en la gruta profunda y al amor se entregaron, el uno en brazos del otro”. A la gruta profunda del misterio aun más profundo del amor, que olvida los llantos de acantilado y los extraños caprichos de la posesión. Será mejor que

los hombres recuerden lo que han referido Jean Chevalier y Alain Gheerbrandt:

El mediodía es el momento de la epifanía de las ninfas. Quien las ve cae presa de un entusiasmo ninfoléptico (...) por esta razón se recomienda no acercarse alrededor de mediodía ni a las fuentes, ni a los manantiales, ni a los cursos de agua ni tampoco a la sombra de ciertos árboles⁴

Amor caprichoso, ciego y posesivo. Egoísta y vanidoso. Pero profundo como la gruta, como las sombras, como la caverna en la que mora la diosa. Con fuego en el hogar y un ardiente aroma a delicioso incienso. Aquí presenciamos un abandono que, sin embargo, generosamente se ha concedido. De alguna manera, hay un triunfo de la ninfa, de lo femenino, a pesar de la retirada de su amado: solo Zeus, por intervención de Atenea, pudo romper esa cadena hechicera de amor.

Pero la hechicera propiamente dicha es quizá la versión más compleja de estos aspectos femeninos que ha venido hoy hasta nosotros: sin irnos muy lejos de la ninfa, nos enfrentamos nada menos que a Circe. Es la mujer que guarda pócimas y con ella hechiza a los hombres. Hermes da instrucciones a Odiseo, que va al rescate de sus amigos cautivos de la maga, para evitar caer en los embrujos: le entrega una hierba, “*moli*”, y cumple entonces con todos los consejos del dios. Circe suele preparar brebajes que ofrece a los hombres, y los convierte en animales diversos: a cada uno según la naturaleza profunda de su carácter. Cuando llega la ocasión de Odiseo, y en vista de que la bebida de la maga, mezclada con veneno, no logra hacer el efecto esperado, sentimos su tono de sorpresa, con espanto, con desconcierto, perfectamente plasmado ahora, al punto de casi escuchar los sollozos: “¿Quién eres? ¿De qué país de hombres? (...) Me embarga el asombro de que no te haya hechizado el veneno. Nadie, ningún otro hombre pudo soportarlo en cuanto lo hubo bebido (...)” Es entonces cuando lo invita a su lecho y al amor, para poder fiarse uno del otro. Sabemos que Odiseo logra lo querido: liberar a sus compañeros y un juramento de ningún nuevo mal. Pero el asombro de Circe es conmovedor: ¿quién eres *tú* para resistirte a mis pócimas? Y debe el hombre atacarla, desenvainar la espada como si fuera a darle muerte —según las indicaciones de Hermes—, para que esta reacción de la bruja se haga sentir. Es como si un algo muy femenino se hubiese

⁴ J. Chevalier & A. Gheerbrandt: *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Herder, 1988, p. 753.

visto descubierto, lacerado en su misterio, al punto de que Circe se abraza sollozando a las rodillas del profano. “Ningún otro hombre pudo soportarlo” es, pienso, una confesión muy fuerte. Por ello es una suerte de confrontación a lo femenino que, una vez descubierto, se rinde ante el ingenio masculino asistido, que de otra manera imposible, nada menos que por Hermes. Y una vez indefensa del poder de su pócima, ella no reacciona violentamente, no la devora el fuego del miedo hecho violencia: invita al héroe al amor. Y así permanecen una larga temporada. Al final, cuando la partida de Odiseo es inminente, en medio de todo, de nuevo asistimos a lo que podemos concebir como un abandono “concedido”. La misma hechicera aconseja finalmente a Odiseo que se vaya a la nave, a la orilla del mar, con bienes y armas; que regrese y lleve consigo a sus amigos.

Es cierto que ahora nos ocupan las mujeres. Pero me parece importante resaltar la belleza con que han sido vertidas a nuestra lengua, en esta nueva ocasión, las palabras de Odiseo a Nausícaa. Su despliegue de elogios profundamente conmovedores, quiebran el aplomo hasta de aquella “a quien Atenea dio coraje en el pecho, sin temblor en sus miembros”. En estos casos, la labor del traductor, el traidor redomado, ha valido la pena. Ciertamente Nausícaa está erotizada ante la presencia del héroe. Y es siempre estremecedor leer, ahora de esta manera, la hondura de la belleza de los pasajes en los que Atenea le concede a Odiseo, tras haberse aseado, “verse más alto y robusto, y de la cabeza le hace caer rizado el cabello, cual la flor del Jacinto. Como cuando oro derrama sobre plata el orfebre al que han regalado Hefesto y Palas Atenea todo el arte, y termina una obra llena de prodigio, así derramó Atenea la gracia sobre su cabeza y sus hombros”. La bella Nausícaa, ¿cómo no habría de estar erotizada? La mano divina de Palas ha hecho que Odiseo luzca aun más hermoso, y que despierte en Nausícaa este deseo: “¡Ay, que a tal hombre lo llamase mi esposo, y aquí permaneciera a gusto entre nosotros!” No era posible que la bella sintiera otro deseo, tuviera otro pensamiento, después de verlo y escuchar sus elogios, palabras tan dulces, tan seductoras, que a lo femenino lector, a miles de años de distancia, todavía apasionan. Odiseo debe partir, regresar a casa, a Penélope. Nausícaa vive esa emoción extraña que combina deseo y frustración, y que se traduce en hondos suspiros en lo femenino, especialmente cuando recuerda su imagen desde la soledad y su silencio: ella guardará el recuerdo de Odiseo en su corazón por el resto de su vida, con la resignación trágica de la brevedad del encuentro. Finalmente, de

la imposibilidad. Este es un tipo de abandono. Y para lo femenino, me atreveré a confesar, de los peores.

Pero hemos visto que debemos hablar de madres y esposas. Y también ahora es preciso hacer una brevísima antología, pues Cronos aún es un titán devorador. Hablemos de la madre, de Anticlea, de la maravillosa escena que Mariano Nava nos ha traído en su selección: ella conversa con Odiseo en forma de sombra en el Hades. Ha sido siempre muy desgarrador oír al héroe preguntar a la madre: “¿qué desgracia tan dolorosa te trajo a la muerte?” Sabiendo, desde Sócrates, que los males del cuerpo no son más que reflejos de los del alma, cuán estremecedora resulta esa pregunta hecha en el Hades, a la figura sombría que queda de la madre. A quienes la tengan junto a Perséfone, les dolerá aun más. Pero un Odiseo errante busca respuestas: pregunta por el padre, por Penélope, por el hijo, por sus pensamientos. Y, bueno, habla la madre; hablan nuestras madres. Son profundamente familiares las palabras de Anticlea, profundamente familiares. Ahora solo me referiré a su respuesta sobre el destino del padre y de ella misma: el padre está en un estado deplorable, “no tiene cama ni lecho ni mantas ni vestidos espléndidos...” dice, es que “en el pecho la pena crece anhelando tu vuelta...” Y por si fuera poco, Anticlea responde al hijo que ha sido la nostalgia, “...la nostalgia de ti, mis cuidados por ti, mi hermoso Odiseo, fue tu misma dulzura lo que me quitó la dulce vida”. Los hijos por dulces, por ausentes, por errantes, por... solemos ser más peligrosos y mortales que las flechas de Ártemis o el dolor de un largo padecer. Odiseo, por supuesto, trata de abrazar a la madre, y bellamente se nos traduce su angustia: “¿por qué no te alcanzo al tratar de abrazarte para que, aunque en el Hades, echándote los brazos al cuello nos saciemos los dos de este gélido llanto?” Pero eso está vetado en los predios de Perséfone, advierte Anticlea, que no engaña. No podemos saciar el dolor con la madre muerta, ni con ese “gélido llanto” tan duramente dicho. Vete a la luz, dice la madre, y busca a tu esposa.

Anticlea ha advertido a Odiseo del sufrimiento y fidelidad de Penélope. Y asistimos finalmente a la benevolencia de la espera, al terreno extraño del amor que se habituó a una suerte de esperanza detenida. En la escena que presenciemos, vemos dudar a Penélope ante la noticia de la llegada del esposo, y que además ha vencido a los pretendientes. Ella misma confiesa que debió ser un dios el que masacró a los desvergonzados pues “Odiseo, tiempo ha que perdió el retorno lejos de Acaya, y ha sucumbido”. Dado el amor por muerto,

sentido muerto, ¿a quién se espera? ¿A quién se le es fiel? De las profundidades femeninas surge una respuesta: siempre, siempre, a una misma. De manera que Penélope es testigo de una suerte de resurrección: y la incredulidad es lo menos que puede abrasarla. Pero cuando decide ir con la nodriza en busca del hijo y del presunto asesino de los pretendientes, medita silenciosa en su corazón, como si presintiese la llegada verdadera del amor. Y ahora vuelvo a repetir lo dicho hace unos momentos: en esta escena tan conmovedora, que llevamos todos tan dentro, en el alma cuyos límites nos serán siempre desconocidos, parafraseando a Heráclito, ha valido la pena la traición convicta y confesa de nuestro traductor. Nos logra dejar a la deriva del desgarrar del reencuentro y, una vez más, queda en evidencia la acertadísima apuesta por la belleza.

Entra [Penélope] a través del umbral de piedra y se sienta frente a Odiseo al calor de la hoguera, junto a la otra pared. Él contra una alta columna se encuentra, los ojos pegados al suelo, esperando lo que habrá de decirle la esposa valiente cuando lo viera. Ella se queda con gran estupor en el pecho, mirándolo, a veces, reconociéndolo al verle la cara, a veces sin conocerlo por sus ropas miserables.

Y tras el reproche de Telémaco, que no comprende la profundidad de ese reencuentro, de ese verse de nuevo, iguales y distintos al mismo tiempo, con un mundo adherido a la piel de cada uno, con una odisea de por medio, Penélope contesta, con el corazón en suspenso, sin hallar palabras qué dirigir mirando al esposo: “Si en verdad Odiseo ha vuelto a casa, otras maneras mejores tendremos de reconocernos: signos tenemos que solo nosotros sabemos y nadie más”.

Ni Telémaco ni nadie ni nada pueden invadir, jamás, las verdades de la intimidad. Las que solo se hacen existencia allí, en medio de los cuerpos y las almas que las convocan. Eso solo ocurre cuando se logra lo que algunos llaman desde la filosofía, la *episteme* del amado. Y a veces solo la gracia de Dios puede dar cuenta de ese saber tan denso. El sentimiento femenino en semejante situación no pudo, nunca, ser mejor encarnado que en la reacción de Penélope; este es el milagro del hombre que logró la experiencia del viejo adivino, hablar y sentir como la mujer. Y nuestro traductor convocó evidentemente su auxilio, pues bajo el susurro cómplice de Tiresias logró hacer vivir ese sentimiento complejo de lo femenino en nuestra lengua, mientras se cuidaba de no irrespetar la belleza y los misterios que las mujeres guardamos “bajo los párpados”.

Siempre es muy difícil cumplir este papel espiritualmente parecido al del “argumento” de las obras de Eurípides —ese que tanto criticó Nietzsche—: el que anunciaba de qué iba la historia. Más aun cuando no es Eurípides quien lo escribe, y se trata de dar la bienvenida a un trabajo de largo aliento, donde, sabemos, dejamos siempre una parte de nosotros, donde se narra algo también de nosotros mismos. Ojalá las citas que he robado al texto sean un breve deguste de lo que nos trae el profesor Nava en su traducción. Y que su belleza conmueva los corazones de sus lectores para que logren experimentar la inmortalidad en una de sus más hermosas versiones: la de los hijos que se engendran, como dice Diotima de Mantinea, precisamente junto a la belleza. Las obras de Homero son uno de sus ejemplos de estos hijos inmortales; tanto, que miles de años después los recibimos en nuestros caracteres, en nuestra lengua, y los reconocemos, como a un *symbolon*, pertenecientes a nuestro propio hogar.

